

nuestros más insignes filólogos, Godofredo Hermann, formuló el principio de que la idea de un solo Dios supone un grado tan alto de formación intelectual, que es imposible considerarla como anterior á la idea de la pluralidad de dioses.

Tales afirmaciones, aun mantenidas por hombres ilustres, no son más que opiniones preconcebidas, y al testimonio de la historia debemos dar importancia, no á ellas. Pero la historia dice que la religión primitiva de la humanidad, y ésta jamás estuvo sin religión, fué el mono-teísmo; toda otra forma de religión no es más que la decadencia de una fe en otro tiempo más pura. Si este es un hecho histórico, entonces resulta cierto que en una época muy remota se encontraba la humanidad, desde el punto de vista intelectual y moral, en un estado superior al de tiempos más recientes.

Y si no se concibe que la humanidad haya podido colocarse por sí misma, desde el principio, en tal grado de desenvolvimiento intelectual, hemos demostrado lo que nos enseña la Revelación, á saber, que los hombres recibieron su perfección moral é intelectual de una sabiduría y de un poder más elevados, de una Revelación primitiva. Su estado de originaria perfección era un don de Dios, su caída y su corrupción sucesivas fueron el resultado de su propia falta.

CONFERENCIA VI

LA CONFESIÓN GENERAL DE LA HUMANIDAD CAÍDA

1. **La repulsión natural que el hombre siente hacia la sangre.**—El que se pone cabeza abajo ve las cosas al revés. Tendremos ocasión frecuentemente de recordar estas palabras en el curso de nuestras investigaciones. Ponerse cabeza abajo y trocar las cosas sería el querer negar la enseñanza cristiana respecto á la corrupción hereditaria; no hay por qué asombrarse de que se quiera después hacer pasar los peores impulsos del corazón humano por la naturaleza verdadera y autorizada, ni que se pretenda presentar las más groseras degeneraciones de nuestra raza, como sus tipos primitivos. Quien no confiese que la naturaleza está corrompida, debe concluir por alabar lo que es contra naturaleza; de ahí procede la deificación de los instintos bestiales, la glorificación del pecado como hecho heroico, las dulces miradas lanzadas á la muerte. Tendremos aún que habérmolas con esos errores y otros semejantes; por ahora nos limitaremos á una sola afirmación, que de tal modo contradice todo sentimiento humano, que ocurre preguntarse cómo es posible mantenerla. En sus preocupaciones de no querer admitir nada que pueda relacionarse por poco que sea con las enseñanzas del Cristianismo, llegaron muchos hasta á considerar como cosa natural, no sólo en general la muerte, sino también la muerte violenta y la efusión de sangre. Y no es tan sólo un enemigo declarado del Cristianismo, como Bastian, que llega hasta enunciar la proposición de que el miedo á cometer un homicidio es una debilidad artificial de la natural energía, ⁽¹⁾

(1) Bastian, *Der Mensch in der Geschichte*, I, 244 y sig.

sino que el delicado Hermann Lotze se deja también llevar por la misma prevención hasta las siguientes extravagantes palabras: la sed de sangre no es precisamente un carácter fundamental de la naturaleza humana, y el fanatismo de los thugs del Indostán puede ser atribuido á una decadencia de la humanidad; pero no se deduce de eso que aquélla tenga tanto horror á la sangre como parecen indicar ciertas opiniones optimistas; con lo cual quiere decir cristianas. ⁽¹⁾

Esto es sencillamente insultar á la humanidad. ¡El toro indomable se estremece á la vista de la sangre, y se pretende rehusar á la naturaleza humana lo que la misma irracionalidad salvaje no contradice! Byron hace decir á su Caín, el primer hombre que derramó sangre humana, cuando ve su mano roja después del fraticidio: ¡Ah! ¡es sangre! Los romanos, que ninguna importancia daban á la sangre humana, sólo podían explicarse el carácter de Calígula diciendo que su nodriza le había enseñado á beber sangre cuando era todavía niño. Hombres que no vacilan un momento en derramar su sangre por la patria, son incapaces de ver sangre esparcida, ⁽²⁾ y tendríamos que renunciar á creer que únicamente el completo salvajismo, la decadencia al nivel de la fiera pueden ahogar en nosotros el horror á la sangre! ⁽³⁾ Cuando monstruos como Catilina, y sus compañeros conspiran para destruir el orden social, empiezan por beber sangre para tener coraje. Nada hay en esto que sorprenda, verdad es, porque significa que ahogaron en sí mismos la humanidad que pretenden destruir en otros; ⁽⁴⁾ pero ese ejemplo nos muestra precisamente que es necesario despojarse de la naturaleza para desechar el horror innato hacia la sangre.

2. No obstante esto, los sacrificios humanos son una de las costumbres más generales de la humani-

(1) Lotze, *Mikrokosmos*, (1) II, 356 y sig.

(2) Séneca, *Ep.*, 57, 5.

(3) Cirilo Jerosol., *Catech.*, 4, 28.

(4) Salustio, *Catilina*, 22. Minucio Felix, *Octav.*, 30.

dad.—Y ¿qué decir entonces cuando vemos ser pródiga de sangre á esa misma humanidad que tiene hacia ella una repugnancia tan invencible? No hablamos aquí del odio que, por un pedazo de tierra, enciende la guerra entre hermanos y no se calma sin haber encontrado en la sangre de millares de hombres satisfacción á lo que llama su derecho; no hablamos del furor de un tirano al sentir únicamente que todo el pueblo no tenga más que una sola cabeza para poder con un solo golpe derramar la sangre de millones de personas. ⁽¹⁾ No, hablamos de lo más elevado que el hombre conoce, de la adoración á un Ser divino á quien debe la existencia, y de quien espera todo bien y la salvación. ¿Cómo pudo la humanidad haber tenido el pensamiento de no ser posible agradar al santo por excelencia sino por lo más atroz, por la efusión de sangre humana? Decimos la *humanidad*, pero esa palabra no significa aquí la humanidad intacta, sino el Humanismo, la humanidad decaída, no rescatada; y ésta en toda su extensión.

Supuesto eso, podemos y debemos decir que tratamos aquí de una práctica religiosa convertida en costumbre general de todo el género humano decaído. ⁽²⁾

Los sacrificios sangrientos, los sacrificios humanos, son una de las costumbres religiosas más generales; por eso es claro, ya *a priori*, que la introducción de los sacrificios humanos no puede ser atribuida al carácter grosero y sanguinario de los pueblos en que se practican. No son crueles y salvajes todos los pueblos que hemos de mencionar aquí, y aun son alabados varios de ellos por la dulzura de su carácter. Pero respecto al hecho de que tratamos están de acuerdo todos por grandes que sean sus diferencias; los

(1) Suetonio, *Calígula*, 30.

(2) Porfir., *De abstinentia*, 2, 54 y sig. Eusebio, *Præp. evang.*, 4, 16, 17, Clemente Alex., *Protrepticus*, 3, 42. Minucio Felix, *Octav.*, 30. Lactanc., *Inst.*, 1, 21. Le Nourry, *Apparatus ad Biblioth. maxim.*, I, 757, II, 115 y sig. Sepp, *Heidenthum*, II, 95-193. Dœllinger, *Heidenthum und Judenthum*, 81 y sig., 204 y sig., 456, 491 y sig., 537 y sig., 542 y sig., 560 y sig., Lasaulx, *Studien*, 233-282.

negros, ⁽¹⁾ los indios ⁽²⁾ los americanos del Yucatán ⁽³⁾ y de Nicaragua, ⁽⁴⁾ los chibchas de Nueva Granada, ⁽⁵⁾ los polinesios, ⁽⁶⁾ los salvajes kondes, ⁽⁷⁾ los melancólicos malayos, ⁽⁸⁾ los antropófagos de las islas Fidgi ⁽⁹⁾ y los habitantes mucho más amables de Tahiti, ⁽¹⁰⁾ la mayor isla del archipiélago de la Sociedad.

Sería gran error creer que únicamente pueblos sin instrucción han tomado parte en los crímenes de los sacrificios humanos. Tanto los cartagineses como los fenicios eran pueblos de los más aptos y civilizados de la antigüedad, y, sin embargo, sabido es en qué terrible forma y en cuánto número practicaron aquellas maldades. Su nombre quedará para siempre infamado por esos horribles sacrificios de niños en honor de Moloch incandescente y de Melkarte Baal. ⁽¹¹⁾ Y no son únicamente los nómadas, ⁽¹²⁾ los scitas, ⁽¹³⁾ los habitantes de la Tauride ⁽¹⁴⁾ los árabes, ⁽¹⁵⁾ los galatas, ⁽¹⁶⁾ los celtas, ⁽¹⁷⁾ y los españoles ⁽¹⁸⁾ quienes tomaron parte en

(1) Waitz, *Anthropologie der Naturvölker*, (1860), II, 192 y sig., 197 y sig. Ratzel, *Völkerkunde*, (1) I, 172. Schneider, *Naturvölker*, I, 193 y sig.

(2) Brasseur de Bourbourg, *Hist. du Canada*, I, 23. Waitz, *loc. cit.*, III, 207. Ratzel, *loc. cit.*, II, 698.

(3) Waitz, *loc. cit.*, IV, 309.

(4) *Ibid.*, IV, 279.—(5) *Ibid.*, IV, 364.

(6) *Ibid.*, VI, 162-165, 396, 304 y sig. Ratzel, *loc. cit.*, II, 123 y sig.

(7) Ratzel, *loc. cit.*, III, 626. Schneider, *loc. cit.*, I, 193.

(8) Ratzel, *loc. cit.*, II, 451, 462.

(9) Waitz, *loc. cit.*, VI, 641, 650.

(10) Müller, *Cook der Weltumsegler* (1864), 208-211.

(11) Schwenk, *Mythologie*, IV, 34 y sig., 279 y sig. Lenormant-Busch, *Histoire primitive de l'Orient*, (2) II, 279, 346. Movers, *Phoenicier*, I, 299 y sig., 324-330, 408, 675. Winer, *Bibl. Realwörterbuch*, (3) II, 100 y sig.

(12) Plutarco, *Parall.*, 23 (París, Didot, III, 383).

(13) Eusebio, *Præp. evang.*, 4, 16 (Viguer., p. 156); 4, 17 (164, a). Herodoto, 4, 103; 62, 4. Ovid., *Pont.*, 3, 2, 58. *Trist.*, 4, 4, 64. Clemente Alex., *Protrept.*, 3, 42. Strabón, 11, 4, 7; 7, 3, 6, 7. Aristót., *Pol.*, 8, 3 (4), 4. Plutarco, *Superstit.*, 13.

(14) Neumann, *Die Hellenen im Skythenlande*, 421 y sig.

(15) Eusebio, *loc. cit.*, 4, 16 (163, c.). Porfirio, *Abstinencia.*, 2, 56 (Hercher, p. 45).

(16) Plutarco, *Superst.*, 13.

(17) Cesar, *Bell. Gall.*, 6, 16. Cicerón, *Font.*, 10, 21. Diodoro, 5, 31, 3; 32, 6. Strabón, 4, 4, 5. Lucano, 1, 444; 3, 405. Minuc. Felix, *Octav.*, 30. Tertul., *Scorp.*, 7. Lactanc., 1, 21. Agustín, *Civ. Dei*, 7, 19. Forbiger, *Alte Geographie*, III, 145. Moore, *Hist. of Ireland* (París, 1837), I, 20.

(18) Strabón, 3, 3, 7.

los sacrificios humanos, sino los inventores de todas las artes y de todas las ciencias, los egipcios mismos, cometieron ese crimen; ⁽¹⁾ difícil es comprender como pudo Herodoto absolverlos. ⁽²⁾ El hecho de que inmolaban víctimas humanas es innegable, pues Seleuco compuso un escrito especial acerca de esa materia. ⁽³⁾

En resumen, todas las razones explicativas que se buscan en el carácter de los hombres y de los pueblos, no pueden prevalecer, y no sería agraviar á las naciones en que se halla esa costumbre el considerarlas por ello más inhumanas y menos accesibles á la civilización que otros pueblos paganos. ⁽⁴⁾ ¡Y, sin embargo, se elogia á los aschantis como uno de los pueblos más notables de África! ¡Sin embargo, se distinguen los celtas por muchas excelentes cualidades, por la alegría, por la amabilidad! ¡Sin embargo, los antiguos eslavos, no obstante sus crueles sacrificios humanos, ⁽⁵⁾ son considerados como gentes de carácter dulce y apacible! ⁽⁶⁾

Á la verdad, no tenemos derecho de hacer á pueblo alguno, considerado separadamente, reproches especiales á causa de este crimen; á veces las naciones más sabias y más aptas merecen la dudosa gloria de haber sobrepujado en esto á las naciones que más bajo cayeron. En el reino de los Incas, cuya civilización y delicadas costumbres tanto se preconizan, verdad es que no se abusaba de los sacrificios humanos como en otros países: sin ellos, sin embargo, los días de gran fiesta habrían carecido de solem-

(1) Atanasio, *Adv. Græcos*, 25. Eusebio, *Præp. evang.*, 4, 16 (p. 155, d.), según Porfirio, *De abstinencia*, 2, 55 (ed. Hercher, p. 44). Cf. Manetho, *Fragm.*, 83, (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, II, 615). Uhlemann, *Ægypt Alterthumskunde*, II, 191.

(2) Herodoto, 2, 45, 2.

(3) Müller, *Fragm. hist. Gr.*, III, 500.

(4) Davis, *Karthago* (Leipzig, 1863), 176 y sig. Humboldt, *Reise in die Äquinocialgegenden*, IV, 18 y sig. M. Müller, *Hist. of ancient Sanscrit literat.*, (2) 419.

(5) Mone, *Das Heidenthum in nördlichen Europa*, I, 187 y sig. Emser, *Vita S. Bennonis*, 3, 36 (Bolandistas, Junio, IV, 135, Palmé).

(6) Hanusch, *Wissenschaft des slavischen Mythos*, 16 y sig., 143 y siguientes.

nidad. ⁽¹⁾ César dice de nuestros buenos antepasados los alemanes que eran tan avaros de sacrificios en honor de su divinidad, ⁽²⁾ como pródigos de libaciones en obsequio de su garganta siempre seca. Podrá ser verdad eso cuando se trataba de sacrificar á Odin ó á Thor un animal del rebaño; pero hay testimonios suficientes ⁽³⁾ de que no economizaban la sangre de sus prójimos en los sacrificios, siendo precisamente las tribus germánicas más nobles, como los irlandeses ⁽⁴⁾ y los sajones, ⁽⁵⁾ quienes ofrecían sus sacrificios humanos con todo un ceremonial de crueldades horribles. Los Persas celebraban también su culto con sacrificios humanos; ⁽⁶⁾ es muy poco probable que hubiesen adquirido esa costumbre de los babilonios, como Spiegel cree, ⁽⁷⁾ pues los pueblos de Asia y de Europa que les eran afines tenían las mismas prácticas. Podría, sin embargo, encontrarse alguna explicación de ello en su carácter grave y austero.

Los indios tenían también sacrificios humanos, no obstante su carácter soñador y tierno, y los tenían en la mejor época de su existencia; ⁽⁸⁾ pero el pueblo en que esa costumbre llegaba á lo increíble era el de los atzecas. ⁽⁹⁾ Fué sin duda uno de los más civilizados y benignos que la his-

(1) Prescott, *History of the conquest of Peru* (1847), I, 63. Waitz, *Anthropologie*, IV, 460 y sig.

(2) Cesar, *Bell. gall.*, 6, 21.

(3) Tácito, *German.*, 9; *Annal.*, 1, 61. Jornandes, *Goth.*, 5. Grimm, *Deutsche Mythologie*, (4) 35-37. W. Müller, *Altdeutsche Religion*, 76-79, 51, 208, 268. Holtzmann, *German. Alterth.*, 172, 174. Geijer, *Gesch. Schwedens*, I, 109. Quitzmann, *Die heidn. Religion der Baiwaren*, 235 y sig. Pfahler, *Handbuch der deutschen Alterthümer*, (1865), 642 y sig. *Gesch. der Deutschen* (1861), I, 75, 81, 137. *Zeitschrift für deutsches Alterth.*, XII, 408.

(4) Mone, *Gesch. des Heidenthums in nördl. Europa*, I, 298.

(5) *Synod. Paderborn.*, (785), c. 9. Sidon. Apollin., 8, 6. Mone, *loc. cit.*, II, 58.

(6) Herodoto, 7, 114, 3; 180, 1; 3, 35, 3.

(7) Spiegel, *Eran. Alterthumskunde*, II, 191; III, 593.

(8) A. Weber, *Menschenopfer der Inder in der vedischen Zeit.* (*Zeitschr. der Deutschen Morgenland Gesellschaft*, XVIII, 262-287). Bohlen, *Indien*, I, 302 y sig; Lassen, *Ind. Alterthumsk.*, (2) I, 935 y sig. Ziegenbalg, *Genealogie der malabarischen Götter*, 172.

(9) Waitz, *Anthropologie der Naturvölker* (1864), IV, 156 y sig. *Sammlung aller Reisebeschreibungen* (Leipzig, 1755), XIII, 577 y sig.

toria conoce ⁽¹⁾ y, sin embargo, se celebraban allí por término medio cada año 20.000 sacrificios humanos. ⁽²⁾ En el solo año de 1510, Moctezuma ofreció 12.110. ⁽³⁾ No parece inverosímil, en vista de eso, que un oficial de Cortés haya contado 136.000 cráneos humanos ⁽⁴⁾ amontonados delante de los templos, como recuerdo de aquellos sacrificios.

Ni debemos asombrarnos si en esta enumeración encontramos inmediatamente al lado de los caníbales más temidos los tan celebrados helenos. Y no son únicamente sus antepasados los groseros pelasgos; no son únicamente los habitantes de Rhodas, de Chipre, de Creta, de Chios, no, sino también los griegos propiamente dichos. Cada vez que iban al combate pedían la victoria derramando en los altares la sangre de sus hermanos. ⁽⁵⁾ Y no era una costumbre tan sólo existente en algunas tribus aisladas, sino general; ⁽⁶⁾ una costumbre que se encuentra, no solamente en los tiempos más antiguos, sino también en tiempos relativamente más recientes. Así como los hombres ofrecían su sangre y su vida á Kronos ó á Saturno, así lo hacían también á Júpiter, á Baco, á Apolo y á Diana. En Atenas el Estado hacía ofrecer regularmente sacrificios humanos. ⁽⁷⁾ Temístocles mismo, ese hombre á quien la humanidad elevó con razón al rango de sus inmortales, creyó no ser posible dar mejor las gracias á los dioses, por su gloriosa victoria, que con sacrificios humanos. ⁽⁸⁾

En Roma hicieron lo mismo que en Grecia: ⁽⁹⁾ cuando

(1) Wuttke, *Gesch. des Heidenthums*, I, 137, 268. Arnim, *Das alte Mexico*, 40, 60, 110 y sig.

(2) Petry, *Anthropologie*, II, 364.

(3) Petry, *Anthropologie*, II, 140.—(4) *Ibid.*, II, 139.

(5) Eusebio, *Præpar. evang.*, 4, 16. Porfir., *De abstinent.*, 2, 54, 56. Clemente Alex., *Protrept.*, 5, 42. Teodoro, *Affect. græc.*, 7 (Migne, IV, 100).

Cirilo Alej., *Adv. Julian.* (Migne, XI, 697).

(6) Phylarch., *Fragm.*, 63 (Müller, *loc. cit.*, I, 3). Porfir., *loc. cit.*, 2, 56.

(7) Doellinger, *Heidenthum*, 205. Pauly, *Real-Encyklop. der klass. Alterthums-Wissenschaft*, VI, 661 y sig.

(8) Phanas, *Fragm.*, 8 (Müller, *loc. cit.*, II, 295). Plutarco, *Themistocles*, 13, 3, 4.

(9) Dionisio Halic., 1, 38. Livio, 22, 57. Plutarco, *Quæst. rom.*, 83. Ammian. Marcel., 3, 4. Orosio, 4, 13. Plinio, *Hist. nat.*, 28, 3, (2) 3; 30, 3, (1) 1.

tenían el imperio del mundo, continuaron haciendo siempre, en honor de Júpiter latino y de Belona, ⁽¹⁾ los mismos sacrificios que sus antepasados habían ofrecido á Saturno y á Diana. ⁽²⁾ Esos crímenes no espantaron ni al ilustre César, ⁽³⁾ ni al hijo de su noble adversario; ⁽⁴⁾ y Augusto, el príncipe de la paz, nada encontraba de horrible en la idea de sacrificar de una vez 300 prisioneros ante el altar de César deificado. ⁽⁵⁾ También los romanos ricos tenían desde hacía siglos la costumbre de ofrecer sacrificios humanos cuando morían sus parientes más próximos, sólo que de ordinario no hacían degollar sobre el altar, por sus sacerdotes, estas víctimas expiatorias de sus difuntos, sino que, manifestando su inclinación á la crueldad y para saciar al mismo tiempo sus ojos con escenas dignas de su dureza, ⁽⁶⁾ los obligaban á degollarse mutuamente en público para divertir al pueblo: así nacieron los juegos de gladiadores. ⁽⁷⁾ Esa horrible costumbre, que debe ser muy antigua, pues la encontramos también en Méjico, ⁽⁸⁾ entre los misteriosos tudos en las Indias Orientales, ⁽⁹⁾ y, de un modo mitigado, en Australia, Polinesia ⁽¹¹⁾ y Malasia, ⁽¹²⁾ los romanos la adquirieron sin duda de los etruscos. Entre éstos, los sacrificios humanos, que existieron allí siempre, ⁽¹³⁾ se cambiaron frecuentemente en combates de gladiadores ó en ver-

(1) Minucio Felix, *Octavius*, 30. Lactanc., 1, 21. Tertul., *Scorp.*, 7. *Apologeticum*, 7. Döllinger, *Heidenthum*, 493.

(2) Pausanias, 2, 27, 4. Strabón, 5, 3, 12.

(3) Dio Cassio, 43, 24.

(4) *Id.*, 48, 48.

(5) Dio Cassio, 48, 14. Sueton., *Octavian.*, 15. Séneca, *Clementia*, 1, 11. Veleio, 2, 74. Döllinger, *Heidenthum*, 538.

(6) Valerio Máximo, 2, 4, 1. Lactancio, 6, 20.

(7) Hartung, *Religion des Römer* (1836), I, 51 y sig., 170. Friedländer, *Sittengesch. Roms.*, (1) II, 191 y sig. Pauly, *Real-Encyclop.*, III, 859. Schwenk, *Mythologie*, II, 187. Forbiger, *Hellas und Rom.*, I, 392 y sig. Marquardt Mommsen, *Röm. Alterth.*, (2) VI, 533.

(8) Wuttke, *Geschichte des Heidenthums*, I, 272.

(9) Ritter, *Erdkunde*, IV, 1, 1041-1046.

(10) Ratzel, *Völkerkunde*, (1) II, 73.

(11) *Ibid.*, II, 338.

(12) *Ibid.*, II, 462.

(13) Livio, 7, 15. Müller-Deeke, *Etrusker*, II, 20, 101, 110 y sig.

daderas carnicerías. ⁽¹⁾ Los romanos habrían dejado de serlo si no hubiesen aceptado con entusiasmo esa costumbre cruel que llegó á ser con el tiempo un verdadero placer para aquel pueblo duro y sanguinario. Los hijos de Emilio Lépidio sacrificaron de ese modo cuarenta y cuatro personas en memoria de su padre. ⁽²⁾ Flaminio celebró la del suyo con setenta y cuatro víctimas; ⁽³⁾ la sangrienta expiación duró tres días completos. Cincuenta combatientes cayeron en honor de Valerio Lævino ⁽⁴⁾ y ciento veinte en honor de Licinio Craso. ⁽⁵⁾ De estos sacrificios nacieron los juegos más queridos de los romanos, los combates de gladiadores, que devoraron millares de vidas humanas; pero á fin de no olvidar que esos placeres crueles no eran en su origen otra cosa que sacrificios humanos, debían asistir á ellos los sacerdotes de Júpiter: entonces, cuando uno de los gladiadores sucumbía á los golpes de su adversario, entre los aplausos atronadores de la ciudad imperial entera, avanzaba en la arena un sacerdote, recogía en el vaso del sacrificio la sangre que manaba de las heridas, y rociaba con ella el rostro del dios. ⁽⁶⁾

3. Los sacrificios humanos están unidos esencialmente, y de un modo inseparable, á la decadencia de la religión hacia el paganismo.—Tal es la verdadera significación de los sacrificios humanos: no pueden ser explicados por la falta de civilización, ni por el carácter grosero de los pueblos; no proceden del antropomorfismo, pues frecuentemente, por el contrario, lo produjeron; ⁽⁷⁾ ni deben ser considerados como la ejecución solemne de grandes criminales, sino que tienen en sí mismos un carácter esencialmente religioso, como dice Plinio exactamente. ⁽⁸⁾

(1) Müller-Deeke, II, 223 y sig.

(2) Livio, 23, 30.

(3) *Id.*, 41, 33.

(4) *Id.*, 31, 50.

(5) *Id.*, 39, 46.

(6) Justin. Mart., *Apol.*, 2, 12 (Cipriano); *De spectac.* (Paris, 1574), 416.

(7) Schneider, *Naturvölker*, I, 190 y sig.

(8) Plinio, 30, 4 (1), 1.